

PASIÓN DE MULTITUDES

Con el correr de los años, descubrí que el fútbol provoca un efecto hipnótico sobre el espectador. Quizás, para las mujeres, sea un buen momento para hacer uso de la tarjeta de crédito o pedir efectivo a sus maridos, sin que ellos siquiera lo recuerden. Pero mi realidad, es un tanto más incómoda. Porque el hipnotizado no es mi marido, sino mi hijo.

Si bien a mi marido siempre le gustó el fútbol, nunca demostró un fanatismo desmedido por el juego. Sin embargo, durante los primeros años de vida de «M», le inquietaba sobremanera que su hijo varón no se entusiasmara al ver una pelota.

El deporte de «M», había sido elegido por mí.

Cuando cumplió 4 añitos, me enamoró la idea de llevarlo a un natatorio. Me parecía fantástico que aprendiera a nadar y me encantaba que hiciera lo que yo nunca quise: agitarme realizando cualquier actividad física. Y así lo hizo con muchas ganas durante tres años.

Pero cuando terminó primer grado, durante las vacaciones de verano, cada vez que regresaba de la colonia, yo percibía un singular interés por aquel deporte al que siempre le había dado la espalda.

Con el tiempo, supimos que el dueño del club, jugaba el papel de profesor de fútbol y que él mismo, dirigía una escolita en pleno corazón de nuestro barrio.

Al comenzar «M» segundo grado, volví a inscribirlo en sus clases de natación, pero grande fue mi sorpresa cuando el pequeñín de la familia, decidió abandonar dichas clases, argumentando que se cansaba mucho. Días después, me cerró su decisión; su deseo era inscribirse en la escolita de fútbol 5.

Sabíamos que era conveniente respetar su sensatez, de modo que aceptamos la propuesta.

Las clases se desarrollaban dos veces por semana, en horas de la tarde.

Rápidamente se relacionó con otros niños y se lo veía feliz disfrutando de las jornadas de entrenamiento.

Sin dudas, el club, había pasado a formar parte de sus cosas más preciadas. Pero el primer traspie llegó, cuando nos llamó el profesor para pedirnos que anotáramos a «M» en la federación de fútbol para la cual competían, así podría ser parte de los torneos pertinentes.

Nos comentaron que los partidos se efectuaban entre clubes de distintos barrios y que si bien nuestro hijo era de la categoría '96, jugaría para la categoría '95, que era la más pequeña en participar.

Mi chiquito recién había comenzado las clases de jornada completa, ya estaba entrenando dos veces por semana y, si accedíamos, íbamos a comprometernos a llevarlo a jugar todos los sábados del año...

Yo supuse que nos tomaríamos un tiempo para analizar la situación, pero mi marido aceptó inmediatamente.

Bueno –pensé- Torneos interbarriales los sábados...No es tan grave...

Hasta que consultamos el *fixture*.

Los partidos locales, se jugaban en nuestro club, situado en el centro del barrio de Caballito. Y los visitantes, se alternaban entre otros clubes de Capital Federal y algunos que...bueno: Gregorio de Laferrere, San Martín o Ingeniero Budge, entre otros.

Interbarriales...Sí, claro. A lo largo de la República Argentina.

Me indigné, pero ya era demasiado tarde. La felicidad de padre e hijo era absoluta. La pasión, los había sobrepasado.

Comprometidos al fin, nos trazamos una nueva rutina familiar. La jornada sabatina daba comienzo a las 14.00, y finalizaba aproximadamente 21.30.

Pero bastó sólo con ver la alegría de «M», para disfrutar también nosotros de sus partidos de fútbol.

Me retracto. Nosotros no. Yo. Porque el padre de mi hijo por fin, halló un tema de interés común con el futuro futbolista.

De a poquito, «M», se convirtió en un amante de los deportes y comenzó a interesarse por todo lo que tuviera relación con el fútbol. Por fin, empezó a ver partidos por televisión y a escucharlos por radio.

Consiguió un buen stock de juegos tanto para computadora como para la consola de videojuegos: fútbol internacional, fútbol de la liga argentina, juegos de director técnico. Ni hablar de los juegos de los mundiales de fútbol.

Y hablando de mundiales, no puedo obviar, que más de una vez, he tenido que pactar con él, para retirarlo del colegio y así permitirle ver jugar a nuestra selección.

De más está decir que ha coleccionado los mejores álbumes. De esos que cuentan con unas 600 figuritas a cambio de...*nada*.

Para perfeccionar su entrenamiento, fundó una sucursal del club entre las cuatro paredes de nuestro departamento. Y utilizando una pelota de goma espuma, dio comienzo a la práctica de jugaditas, pataditas, atajaditas y faltas inventadas, tirándose al piso, agarrándose una pierna como si estuviera dolorido y luego poniéndose de pie rápidamente para sacarse tarjeta roja, haciendo entonces el papel de árbitro.

A sus juegos cibernéticos, comenzó a añadirles el relato de su propiedad. Lo mismo llevaba a cabo mientras practicaba en casa. (Debo aclarar, que todas estas originales formas de entretenimiento, siguen siendo, a la fecha, moneda corriente.)

Un buen día, «M», se sinceró conmigo y me informó que estaba pensando seriamente en ser jugador de fútbol.

Se me cayeron las medias.

¡Qué horror! Tenía solamente 7 años. ¿Cómo se supone que toleraría ver a mi *bebé* irse del país para jugar al fútbol? ¡De ninguna manera! En todo caso, me iría yo con él...

Después de seis años, conservamos las mismas salidas sabatinas. A «M», hay sólo una cosa que le interesa en este mundo. Y es redonda...

Él sigue sosteniendo que su futuro es el fútbol. Y ¿Quieren que les diga una cosa? Aunque no me agrada la idea, debo reconocer que se está preparando muy duro para alcanzar esa meta. Por lo pronto, ya no pronuncia las «eses» cuando habla.

Una vez establecida la pasión que le provocó el fútbol, pudo expresar con todas las letras, que era hincha ferviente de San Lorenzo de Almagro. Esta simpatía, comenzó impulsada por mi marido aún cuando mi hijo era muy pequeño, y continuó más adelante por propio convencimiento.

Pero semejante pasión, hoy, no tendría razón de ser, si no estuviera acompañada por todo el *merchandising* disponible en el mercado: gorritos, medias, pantuflas, relojes, llaveros, mochilas, carpetas, cartucheras, tacitas y hasta calzones azulgrana.

Aunque sin dudas, lo más tedioso para satisfacer sus necesidades cuervas, fue y sigue siendo, conseguir la indumentaria oficial.

Hace unos años, su pequeña estatura, me impedía encontrar el talle justo. Situación que me obligó en más de una oportunidad, a elegir una camiseta que le serviría para lucir como camisón.

Hoy, ya más grande, se me ha simplificado la tarea, pero surge otro inconveniente: actualizar las camisetas en cada nuevo torneo...

Su amor hacia el fútbol, logró que se iniciara irremediabilmente como espectador en una cancha. Contra mi voluntad, aunque muy de vez en cuando, debo morderme la lengua para no coartar su ilusión dominguera. Y en esos casos, sólo logra tranquilizarme el teléfono, cuando me avisan que ya están regresando a casa.

Para alentar ese amor incondicional, mi marido invitó a «M», por primera vez, a ver jugar a su equipo en un partido amistoso.

Teniendo en cuenta su corta edad, supuso el momento ideal, lejos de pasiones desenfrenadas y conflictos entre hinchas. El encuentro fue en la cancha de Vélez Sársfield.

Pero al momento de comprar las entradas, no lograron conseguir ubicación en la tribuna de San Lorenzo y debieron sentarse detrás del arco del equipo local.

«M», pensó que no existiría ninguna diferencia con el tema de la tribuna, pero cambió de opinión, no bien su club colocó el primer tanto.

En lugar de festejar gritando, vio cómo sus rivales empezaban a molestarse y debió conformarse con hacerle a su padre, un discreto y silencioso gestito con el dedo pulgar en alto, que él le respondió con una sonrisa cómplice.

Pero su debut en un partido oficial se concretó durante un torneo local, jugando San Lorenzo en su propia cancha.

Reconoció haber quedado deslumbrado por lo que había vivido. La inmensidad del estadio en vivo y en directo, una multitud incalculable y un bullicio ensordecedor, lo envolvieron de tal manera, que poco importaría el resultado. Gracias a Dios. Porque faltando 2 minutos para finalizar el encuentro y estando el marcador 0-0, su equipo adorado se comió un golazo, aunque «M» lo viviera como un triunfo.

Simultáneamente, comenzó a llover hasta que el fuerte chaparrón lo devolvió empapado de la cabeza a los pies.

Nada estuvo mal. Todo había salido excelente, único e inolvidable para él.

Los días de semana, mi chiquito, amanece a las 7.30, con un buen desayuno y el control remoto. Este aparatito le ofrece la posibilidad de navegar por los canales deportivos, sin concederme, al menos, la oportunidad de darle los buenos días.

Automáticamente entonces, apago la radio y me siento a tomar mate, observando como «M», ingresa en la *tercera dimensión* viendo partidos de la década de los '80.

Ya al mediodía y con la comida servida, vuelve a ganarme de mano dejando lejos alguna posibilidad de ver el noticiero. Para entonces, se deleita viendo partidos de la liga europea, de la cual conoce a todos los equipos y a casi todos sus respectivos jugadores.

Y a la hora de la cena, intento ganarle de mano, convocando a mi familia a comer, sólo cuando el control se encuentra en mi poder, así me permito, aunque más no sea por cinco miserables minutos, enterarme de las noticias que acontecen en el mundo.

Lamentablemente, el año pasado, se cerró el club donde «M» se enamoró del fútbol. Pero los papás, siguiendo los deseos de nuestros hijos, nos mantuvimos unidos, fundando una asociación sin fines de lucro que les permite a ellos, seguir siendo partícipes de los torneos infantiles.

Cada paso que intentamos dar, es a fuerza de pulmón.

A aquellos que nunca presenciaron un partido de fútbol infantil, quiero contarles que la mayoría de los clubes convocan hinchadas formadas por los mismos familiares de los chicos participantes pero, aunque parezca mentira, somos pocos los que nos reunimos para disfrutar de un entretenimiento sano. Muchos insultan a sus propios hijos, cuando las jugadas no cubren sus expectativas. Y algunos son capaces de avalar el *vale todo* con tal de verlos ganar.

Nosotros no somos de *otro planeta*. También queremos verlos ganar. Pero nuestro club, mantiene una base que se ha fortalecido con el tiempo: «ganar con el esfuerzo del equipo y no en contra de nadie»

Tuvimos que superar varios desafíos. Pero el principal, fue conseguir un buen entrenador que compartiera nuestra idea.

El día que se presentó ante los chicos, hubo un silencio absoluto. Muchos, salieron de la cancha haciendo puchero.

Pero a medida que fuimos conociéndolo, empezamos a quererlo. Él enseña fútbol, pero también los entrena para la vida.

Y ya después de varios meses, descubrimos su sensibilidad y notamos su emoción ante las cosas más simples.

Hoy es uno más entre nosotros. Y le debemos un especial agradecimiento por habernos demostrado que con trabajo y responsabilidad, se puede salir adelante.

Lo único que nuestros niños han perdido realmente del lugar que los vio crecer, fue el espacio de entrenamiento. Allí, hoy funciona un supermercado chino, que sigue conservando la misma fachada del club de barrio.

Esta situación, le costó a «M» varias cargadas. Pero la más fuerte fue, el día que le recomendaron no pisar más canchas... Haciendo alusión lógicamente, al hipermercado que hoy, ocupa el predio que perteneció a San Lorenzo.

Cuando el mocoso todavía tenía 7 años, luego de una semana sin concurrir al colegio a causa de una angina, me enfrentó con mucha seguridad, confesándome que ya había decidido no seguir la escuela secundaria.

Con una mirada nunca antes practicada, se me ocurrió interrogarlo acerca de qué pensaría entonces hacer de su vida. Y muy tranquilo, sugirió que jugaría al fútbol.

Traté de explicarle que antes de eso era conveniente prepararse para la vida y que una de las formas de conseguirlo era precisamente estudiando.

Pero no había caso. No entraba en razones.

Ya con poca paciencia, le pregunté qué haría si el día de mañana nadie lo contrataba. De qué suponía que iba a vivir.

Pensó en silencio unos segundos, y cuando creí acabado el tema, discretamente, me consultó sobre si yo sabía a qué edad empezaban a contratar en la A.F.A.

¿?

Toda la movilización que se ha generado en mi hogar, me forzó a pensar sobre esta idea que ronda la cabecita de «M».

En lo que a mí respecta, el fútbol, no me causa simpatía cuando noto que a mi hijo, es el único tema que lo incentiva con real interés. Menos entonces me agrada la idea de que ésta sea su

vocación. Pero mi obligación como mamá, no es prohibir, sino educar y acompañar a mi hijo, mostrándole el camino correcto para su futuro.

Ser jugador de fútbol no es tarea sencilla. Habrá muchas cosas que deberá dejar de lado para seguir su carrera y será demasiado grande el sacrificio que tendrá que hacer si se lo toma en serio. Pero aún así, sólo tendrá futuro si consigue un golpe de suerte. Es como ganarse la lotería. Uno en millones.

No puedo ni quiero mentirle. Si es lo que le gusta, voy a estar a su lado, pero anhelo que estudie. Para mí, su futuro está precisamente ahí.

Mientras tanto...que sueñe. Que crezca, que aprenda. Que tenga proyectos. Que sepa que no todo se logra, y que esté seguro de que cada vez que se caiga, al levantarse, habrá dado un paso adelante. Pero por sobre todo, que tenga la certeza de que cada vez que eso ocurra, su mamá estará para apoyarlo.

**ESTA OBRA QUEDÓ REGISTRADA EN LA DIRECCIÓN NACIONAL
DEL DERECHO DE AUTOR EL 16 DE NOVIEMBRE DE 2007
BUENOS AIRES - ARGENTINA
EXPEDIENTE N°: 618741
FORMULARIO N°: 145024**

**Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras
derivadas 2.5 Argentina License.**